

Palabras de presentación de los nuevos Académicos, por la doctora María Elena Anzures, Secretaria General de la Academia Nacional de Medicina

Es un honor para mi presentar a ustedes a los Académicos de nuevo ingreso a la Academia Nacional de Medicina.

Del grupo de aspirantes que fueron seleccionados por el Comité de Admisión, me permitiré hacer un breve relato indicando exclusivamente dos aspectos de su curriculum, el docente y el institucional.

En el Departamento de Biología Médica ingresaron: el Dr. Adolfo García Sáinz al área de Bioquímica quien es investigador titular C de tiempo completo y jefe del Departamento de Bioenergética del Instituto de Fisiología Celular de la Universidad Nacional Autónoma de México.

El Dr. Miguel Angel Montoya Cabrera, en Farmacología; actualmente jefe del Departamento de Estudios Farmacológicos de la Jefatura de Control de Calidad del IMSS; profesor del curso de Toxicología Clínica y Asesor de Maestría en Farmacología de la Universidad Nacional Autónoma de México.

En el Departamento de Cirugía ingresó el Dr. Héctor Orozco Zepeda al área de Cirugía General, el doctor es cirujano titular y jefe de la Clínica de Hipertensión Portal del Instituto Nacional de la Nutrición "Dr. Salvador Zubirán".

En el Departamento de Medicina ingresaron: El Dr. José Fernando Guadalajara en el área de Cardiología, médico adscrito a los servicios de Ecocardiografía del Instituto Nacional de Cardiología "Ig-

nacio Chávez" y profesor titular de la Cátedra de Cardiología en la Universidad La Salle.

En el área de Endocrinología ingresó el Dr. Aquiles Ayala, titular en jefe de la División de Investigación Biomédica del Instituto Nacional de Perinatología.

En el área de Gastroenterología ingresaron: El Dr. Miguel Arnoldo Barrera Maldonado, (de Chihuahua), quien es jefe de Medicina Interna del Hospital Clínica del Parque y jefe de Gastroenterología del Hospital Lázaro Cárdenas del ISSSTE.

El Dr. Misael Uribe, Coordinador de la División de Medicina del Instituto Nacional de la Nutrición "Dr. Salvador Zubirán" y profesor de Medicina Interna y de la Maestría en Ciencias Médicas.

El Dr. Guillermo José Ruiz Argüelles, (de Puebla), labora en el área de Hematología, es consultante de Hematología de los Laboratorios Clínicos de Puebla y catedrático de Hematología de la Universidad Autónoma de Puebla y jefe del Departamento de Hematología de la Unidad Hospitalaria La Paz, en Puebla.

Al área de Infectología ingresaron: El Dr. José Ignacio Santos Preciado, jefe de la División de Investigación y jefe del Departamento de Enfermedades Infecciosas y Parasitarias del Hospital Infantil de México "Federico Gómez".

El Dr. Armando Isibasi Araujo, jefe del Laboratorio de Inmunología de la Unidad de Investigación del IMSS, y coordinador de Maestrías y Doctorados en Ciencias Biomédicas en el IMSS y Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México.

El Dr. Manuel Antonio Díaz de León Ponce en el área de Medicina Crítica, procedente del Departamento Clínico del Hospital de Especialidades del Centro Médico Nacional del IMSS y profesor titular de post-grado de Medicina Crítica de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Al área de Nefrología ingresó el Dr. Alejandro Treviño Becerra, nefrólogo del Hospital de Especialidades del Centro Médico Nacional del IMSS y profesor adjunto del curso de post-grado en Nefrología del Hospital de Especialidades del Centro Médico Nacional del IMSS.

El Dr. Daniel Vasconcelos Dueñas, en el área de Neurología, quien desempeña el cargo de médico no familiar en el Hospital General de Zona No. 8 del IMSS.

El Dr. Juan Ramón de la Fuente, en el área de Psiquiatría, Director del Programa Universitario Clínico en la Universidad Nacional Autónoma de México y profesor de la División de post-grado de la Facultad de Medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México.

Al área de Radiología ingresaron: El Dr. José Hugo Arredondo Galán, (de Garza García, N.L.), quien ocupa el cargo de profesor titular de la residencia en Radiología en el Hospital José A. Murguerra y como Coordinador de los cursos de Radiología que organiza la Federación Mexicana de Sociedades de Radiología en los Estados.

El Dr. Miguel Stoopen Rometti, profesor de radiología y métodos de diagnóstico por imagen en el Hospital de Especialidades del Centro Médico Nacional del IMSS, además de director del Departamento de Diagnóstico por Imágenes del C.T. Scanner.

Al Departamento de Sociología Médica y Salud Pública ingresaron: en el área de Enseñanza de la Medicina ingresó el Dr. José de Jesús Villalpando Casas, titular de la Subjefatura de Enseñanza del IMSS y profesor de la asignatura de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México y de la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Iztacala-UNAM.

El Dr. Juan Garza Ramos en el área de Medicina Veterinaria actualmente gerente general de Biológicos y Reactivos de la Secretaría de Salud y profesor de asignatura en la División de Estudios de Post-Grado en la Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia.

El Dr. Carlos Alfonso Viesca Treviño en el área de Historia y Filosofía de la Medicina quien es jefe del Departamento de Historia y Filosofía de la Me-

dicina y Profesor de la materia en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Finalmente el Dr. Juan Antonio Legaspi, en el área de Medicina del Trabajo, es profesor titular del curso de Especialización en Medicina del Trabajo en el IMSS y titular de la Jefatura de Servicios de Medicina del Trabajo del propio Instituto.

Palabras de bienvenida a los académicos de nuevo ingreso

JUAN SOMOLINOS PALENCIA*

El afán de curar y el afán de conocer al hombre en su totalidad son estímulos para la vocación del médico. A ellos se añaden el sentido de superación y la voluntad de ganar el reconocimiento. Y todos estos deseos necesitan de incentivos que mucho se extravían al perder la medicina su componente humano.

El verdadero médico ejerce su vocación en todas partes y a la hora en que escoge los tres o cuatro sentidos esenciales de su vida: la influencia de una ciudad determinada, la familia, su trabajo profesional y el estudio que disciplina su vocación; consigue con ello moldear su espíritu. Educado en estos ideales nace en él, ese sentido de superación que necesita de un reconocimiento.

Para esto último se dan las reuniones de personas que con un mismo sentido de renovación, inquietan a otros y dan nuevos caminos a la medicina; generoso contagio que se da en nuestra Academia, donde con plena voluntad nacen los afanes de saber y enseñar y florecer las ideas en un medio de honrada competencia.

Una academia que admite a sus miembros en plena vitalidad y les brinda tribuna que los presenta y destaca a los ojos de todos para que mejor entiendan y cumplan su labor de médicos y conductores de la profesión.

No se trata de aquella academia platónica, de aires clásicos, donde la libre discusión se llevaba al cabo a la sombra de los plátanos mediterráneos, caminando y cavilando en un jardín natural, arrullados por cursos de agua y el zumbido de los insectos. No se trata de disfrutar una Academia de aquellos aires sil-

Presidente de la Academia Nacional de Medicina

vestres, pero tampoco funciona la Corporación en sucesivos actos mortuorios, donde más que una sesión que discute los caminos de la medicina, se dan actos de solemnidad que nos recuerdan la velación de un catafalco.

Y no es la primera vez que se habla de Academias y se compara su ritual. Ahora el sentido de ceremonia no es el grupo de individuos que recibe la consagración de este colegio para después sumergirse en un letargo y en el éxtasis de su egoísmo. Muy al contrario, se trata de realzar a los individuos al medio más adecuado para que subsistan y difundan en sus congéneres todo lo que de inteligencia e invención puedan ofrecer.

Para los nuevos académicos resulta una gran oportunidad dar a sus anhelos lo que por derecho vital les corresponde. En la Academia reciben un estímulo a su juventud y vocación, ocupan un lugar de honor e incluso superan el mediocre existir cotidiano.

Conviene recapacitar en un hecho tan simple que a fuerza de observarlo, se le pierde de vista. Hoy nuestra Academia centenaria cabalga entre dos épocas de espíritu distinto; el siglo pasado dio el espectáculo de un romanticismo médico, tiempo con los más hondos y generosos ideales donde el ambiente cobró majestuosidad, sus médicos fueron intelectuales, escritores, humanistas; la medicina se lanzó decidida al empeño de arraigar en México un sentido científico; una ciencia que en su orden fuese una revolución hecha por los intelectuales. Entre tanto el gobierno inició una expansión de la asistencia y la prevención médicas. La medicina tuvo buen desarrollo, aun en sus controversias que sirvieron positivamente. Pero todo va a cambiar en este siglo.

Desde luego los descubrimientos científicos y el gran hecho económico y social de México, transformaron el mundo de la medicina. Sobre todo el enorme apogeo de la salud pública, lo que dio un nuevo carácter a la patografía. Hoy los médicos dan mucha atención a las novedades científicas; poco a poco crece su especialismo hasta hacer de la medicina un espectáculo vital y por su competencia desordenado.

Y no hablemos de técnica. A lo que va logrado, se suma lo que a diario trae el tiempo y para romper la rutina o la repetición, surgen los deseos de investigar. En verdad, no hemos encontrado aún la unidad de nuestra profesión, nos conformamos con sabernos parte del conflicto entre dos razones, hablamos de una medicina técnica y especializada y por otra parte de un pretendido humanismo médico. Ante esta dualidad, habrá que buscar el espíritu, buscar el pulso de la medicina en todos los momentos y en todos los hombres en que aparezca con claridad; pedir a la práctica un nuevo sentido y así descubrir la misión del médico en su tierra.

Y como a cada edad toca su verdad, interroguemos a la historia, a sus personajes, a sus monumentos y descubriremos que nuestra profesión se sal-

va cuando logra descubrir su propia razón; cuando logra reunir en un sólo punto todo lo real e imaginario con que formó su vida. Esta sería mi constante exclamación a los médicos de mi país, esta inquietud es lo único que puede darnos nuevos rumbos. Son las voces de nuestros viejos maestros que deben resonar.

Amigos míos, los que heredan una gran riqueza no se dan cuenta de ella como los que han tenido que ganarla con el esfuerzo de su voluntad.

Al abordar pues la historia de la Academia, por el primero de los caminos que hemos señalado o sea la tradición ideológica, es grande la tentación de referirnos a los perfiles de los personajes que en aquel entonces dieron trascendencia y vigor a la corporación, pero no es la ocasión de fijarnos en el detalle, no podemos recoger en este momento los rasgos particulares de cada uno de nuestros protagonistas, debemos dar una visión general y de ella repetir algún motivo.

Entre la Academia decimonónica y la de hoy, va una diferencia de cien años: por una cara el romanticismo natural contempla con arrobamiento el paradigma de una medicina humanista; y por la otra cara observa la medicina dividida y contradictoria del especialismo. Pero advertimos que hay siempre algo de buen sentido en el manejo de nuestra conducta, algo de proporción y equilibrio; de las dos caras académicas, ni hay que dejar que nos domine la parte romántica, ni debemos destruir la base técnica de la medicina. De modo que estas dos tendencias que llevamos dentro deben aprender a entenderse bien. Pues la verdadera voluntad moral consiste en saber dar sitio a todas las nociones y adquirir el sentimiento de las categorías.

Ningún derrotero mejor que el que hoy propone esta corporación; por una parte la filantropía inspirada desde sus primeros años de existencia y por otra la filotécnica que el tiempo hace crecer.

Para el nuevo académico, la Academia es un escenario y también una segunda persona; no es que el nuevo académico se hable de tú con la corporación, pero si le quitará su egoísmo frente a un valor construido por el tiempo.

La Academia comprende a sus miembros, es su medio, su tribuna. El académico es un punto de vista y la academia, una perspectiva para ese punto de vista.

Señores: dijimos alguna vez que nuestra Sociedad es sencilla pues su única riqueza es el don de la palabra; nos vigoriza la voz de sus miembros y al escuchar sus exposiciones la obra se hace sola, la vemos crecer.

Sólo la obra de la cultura construyendo lentamente su ideal médico y descubriendo los caracteres propios de una tradición puede lograr el bien definitivo de la medicina. En nuestro caso por fortuna esta labor continua y el deseo de continuidad se man-

tiene y se comprueba con este nuevo grupo de interesados en la medicina. Celebremos con júbilo su ingreso a nuestras filas. Sean bienvenidos.

Palabras del doctor Miguel Stoopen Rometti, en representación de los académicos de nuevo ingreso.

Al recibir las insignias y el diploma, quiero tomar, en nombre de los nuevos Académicos, las palabras que pronunciara Lauro María Jiménez, el reformador de la Sociedad Médica, durante cuya presidencia en 1873 ésta cambiara su nombre por el de Academia de Medicina de México y quien instituyera el diploma que hoy se entrega a los miembros que ingresan:

“Un Diploma, dijo Lauro María Jiménez, es un tributo rendido al Mérito, un legado que las familias y la misma Sociedad estiman como una joya del talento del saber y aun como la muestra del buen ejemplo...”

Recibir el diploma y la venera, señores académicos, nos honra, nos distingue y nos compromete.

Ser Académico es ciertamente un honor, pero requiere también de obligaciones: *Impulsar un alto sentido a la Medicina; Mantener la posición de la Academia como tribuna para el intercambio científico; Estudiar los grandes problemas nacionales de salud; Brindar asesoría y consulta al estado; Acercarse a todos los médicos, a los que participan colateralmente en el cuidado de la salud y a los que se preparan para ello.* Son objetivos fundamentales que debemos preservar.

La historia nos enseña que los Académicos han sabido también enfrentar las obligaciones que les impusieron las circunstancias y lo que es más importante crear las condiciones necesarias para el cambio y la evolución.

Debo pensar que si hemos sido propuestos y acogidos en el seno de la Academia, es porque nuestra vocación responde al sentido histórico de tan benemérita Corporación y que aun cuando nuestra procedencia y formas de pensar pueden ser diversas, existe en nosotros el más alto deseo de buscar el perfeccionamiento y la renovación.

La búsqueda de nuevos caminos, tarea inagotable del hombre, requiere como señaló nuestro Presidente en su discurso inaugural: momento, estilo y emoción.

Vivimos el tiempo en que la medicina pasar por la crisis más grave de su historia. Cuando el avance de la ciencia y la tecnología la llevan al mayor conocimiento del cuerpo y en forma paradójica tiende a apartarse de su sentido humano.

Esta crisis, de carácter universal, se da en nuestro medio cuando transcurre una fase de profundo desequilibrio económico y aun moral, que comprometen la acción y dificulta nuestra tarea.

Es este nuestro momento, en el que debemos actuar. Nuestra misión esencial, la que no podemos soslayar, es brindar la atención médica con alto sentido humano y dirigirla a las necesidades básicas de la asistencia y la prevención que tanto requiere nuestro país.

Para que éste pueda darse en forma plena, es necesario que cada uno de nosotros, con su propio estilo, participe en todo aquello que mejore la enseñanza y la investigación; que nos preocupemos en conseguir y conservar los medios materiales y tecnológicos necesarios; que perfeccionemos los sistemas de comunicación médica indispensables para difundir el conocimiento y entreguemos con pasión nuestra voluntad de trabajo a la causa común.

Debemos aceptar el reto, ser más creativos, buscar, proponer y conducir las nuevas acciones que son necesarias para conseguir el progreso que tanto anhelamos.

La Academia Nacional de Medicina es por su carácter autónoma y libre, por conjuntar a los diferentes especialistas y por gozar del respeto, el foro idóneo para analizar los problemas y recomendar las soluciones.

A ella hemos llegado con nuestro propio equipaje, todos con nobles propósitos, para unirnos en un esfuerzo al de ustedes, y juntos, impulsar con renovados bríos a esta Academia a alcanzar sus más altos propósitos.

No podría terminar sin manifestar, a nombre de todos mis compañeros, el más cumplido agradecimiento, a nuestros maestros y a los familiares y amigos que se encuentran en este recinto, a todos los que nos han alentado y a otros, que sin estar presentes, sabemos comparten también con nosotros este emotivo momento.